derecho á la recompensa?—Si la principal propiedad del mérito es el desinterés y el sacrificio, ¿por qué la propiedad de la recompensa que le corresponde, no ha de poder ser la satisfaccion de un sentimiento de desinterés y de sacrificio? ¿Por qué se rehusaria á la virtud la mas dulce y pura de todas las satisfacciones? ¿Quién podria reclamar una satisfaccion semejante? Seria esta por consiguiente inútil, y no habria ningun corazon capaz de esperimentarla....—Observad, ademas, que no bastaria para esto la justicia absoluta; porque á la vez el mérito seria recompensado y castigado el demérito: el mérito recompensado por la satisfaccion que se concederia á su espíritu de amor y de sacrificio, y el demérito castigado por este mismo sacrificio, que haria la virtud de la recompensa que él mereciese.

¿Qué sucederia, pues, si el mérito fuera superior á toda otra recompensa, y que negándosele esta, se quedase sin recompensa? ¡Qué injusticia tan grande! ¡El mayor mérito posible seria el único que quedaria sin retribucion!....

Pues bien, tal es el mérito de Jesucristo, cuya reversibilidad sobre la humanidad culpable constituye el fundamento de todos los méritos, el móvil y el medio por los cuales se obra su reversibilidad.

El Hombre-Dios era por naturaleza superior á toda recompensa, y por esto mismo nada podia recibir, porque, como Dios, nada le faltaba. Todos los méritos que como hombre habia juntado en su persona, hubieran por lo mismo sido perdidos, *irrecompensados*, y el justo por escelencia hubiera sido el solo abandonado por la justicia. Pero si el Hombre-Dios nada podia recibir, podia dar; y dar, en Dios, es la felicidad, y por consiguiente puede ser su recompensa.

Y no se diga que, como Dios, podia inmediatamente dar el perdon a la humanidad, sin hacer de este perdon el precio de los méritos que él poseyese como hombre; porque la justicia eterna no podia aplacarse sin una satisfaccion, y sin ella se hubiera puesto en contradiccion consigo misma. Necesitábanse, pues, *méritos* para esta justicia; pero no se necesitaba menos una *justicia* para estos méritos; y como los solos méritos que pudiesen convenir á esta justicia divina, eran los *méritos* de un Dios, de la misma manera la sola *justicia* que podia corresponder á estos divinos méritos era la recompensa de un Dios, es decir: como hemos visto ya, *dar* su recompensa, trasladar sus *méritos* y recompensarlos en nosotros, perdonándonos, como nos habia castigado en sí mismo sacrificándose.

¡Qué divina filosofía! ¡Cómo eleva nuestra razon! ¡Qué armonía tan sublime nos hace descubrir en sus admirables arcanos! No hacemos mas que entreverla y presentirla; pero ¡qué concordancia! ¡qué equilibrio! Respecto á la inteligencia y al corazon del hombre es lo que la bóveda estrellada respecto á sus miradas.

Los méritos de Jesucristo, cuya reversibilidad se esplica de este modo, forman, pues, el recurso eterno é inagotable de la humanidad ante la justicia de Dios; y á su ejemplo y por ellos pueden á su vez nuestros propios méritos adquirirse y trasladarse, de modo que todas las consideraciones anteriormente presentadas sobre este punto no eran mas que preludios y bosquejos de la presente, que es la principal.

Identificando nuestros méritos personales con los méritos de Jesucristo, damos sus propiedades, y los hacemos aceptables á Dios y reversibles sobre nuestros hermanos: nos convertimos unos respecto de otros en mediadores y redentores, y la súplica de un pobre mortal, apoyada en los méritos de Jesucristo, puede de este modo elevarse hasta el trono de Dios, y desarmar su justicia en favor de sus hermanos en este mundo y aun en el otro.

Para llegar á esto último, las almas del purgatorio beben con nosotros en los méritos de la sangre derramada por Jesucristo, el alivio de sus penas, y nuestras oraciones y buenas obras acá en la tierra, pueden aprovecharles por la oblacion de aquella divina sangre.

Véase, pues, cómo lo que dijimos al principio, esto es, que los dogmas cristianos se hallaban esparcidos en todas la religiones del universo, que no son mas que sombras y herejías de la única Religion verdadera que siempre ha ecsistido, encuentra aquí su justificacion.

El dogma del purgatorio, como hemos visto ya, se halla claramente espuesto en Platon y en Virgilio.—El dogma del sacrificio y la eficacia de la sangre inocente derramada, es todavia universal, como puede verse en el estudio especial que dejamos hecho de esta verdad.—Pero véase ahora lo mas curioso: la reunion de estos dos dogmas en uno solo, es decir, el alivio de las almas de los difuntos por medio de la sangre de una víctima, su admision á este socorro por los méritos de los vivos; en una palabra, el dogma del purgatorio, en lo que puede haber de mas completo, se encuentra en los mas antiguos monumentos del paganismo.—Y no queremos limitarnos á las libaciones y sacrificios hechos sobre las tumbas, sino que podemos ir mas lejos: en el canto undécimo de la Odisea, que tiene por objeto la *Evocacion de los muertos*, por Ulises, leemos que este héroe quiso bajar á los infiernos para consultar con el divino Tiresias, y que conformándose despues con las instrucciones que le habia dado al efecto la diosa Circe, se condujo de la manera siguiente:

"Al mismo tiempo Euriloco y Perimela, cojen "los animales consagrados, y yo, echando mano á "mi luciente espada, abro un hoyo de un codo de "profundidad, y á su rededor ofrezco libaciones á "todos los muertos.... Despues de haberles dirijido "mis oraciones y mis votos, tomo las víctimas, las "degüello sobre el hoyo por el cual corre una san-"gre negra, y al instante salen del Erebo las almas "de los manes; á mi rededor veo aparecer espo-"sas, jóvenes y ancianos agobiados de miserias, y "y tiernas vírgenes deplorando su prematura muer-"te; estos manes van recorriendo en tropel alrede-"dor del hoyo dando gritos lastimeros, y al ver es-"to se apodera de mí un fúnebre temor. Enton-"ces mando á mis compañeros que desuellen á las



"víctimas que la cruel cuchilla habia sacrificado, y "que las quemen, y que imploren á los dioses, el "fuerte Pluton y la terrible Proserpina; y yo mis-"mo, sacando otra vez la afilada espada, pendiente "de mi cintura, me siento y no permito que las li-"jeras sombras de los muertos se acerquen á la "sangre que se acaba de derramar, antes que Tire-"sias me instruya de lo que se ha de hacer."

La sombra de Tiresias llega y dice á Ulises:

—"Apártate de esta hoya y envaina tu espada, "*para que pueda yo beber la sangre de las víctimas* "y decirte la verdad."—Accede Ulises á lo que se le pide, y entra luego en conversacion con Tiresias.—Sin embargo, la sombra de la madre de Ulises se habia presentado tambien:—"Dicha sombra "se sienta silenciosamente *junto á la sangre*, y aun-"que se hallaban en presencia de su hijo, no sabia "verle ni hablarle."—Ulises pregunta entonces al adivino lo que debia hacer para hacerse reconocer por ella, y Tiresias le contesta:—"El muerto *á* "*quien permitas acercarse á la sangre*, te dirá la "verdad, y el que rechaces se volverá hácia atras, "y se alejará de tí."—La sombra de Tiresias hu-"ye.—"Entre tanto yo, dice Ulises, me mantengo "inmutable hasta que mi madre llega *y bebe la ne-"gra sangre;* me reconoce al momento, y entre "suspiros me dirije estas breves palabras, etc.—Sin embargo, todas las demas sombras acuden en tropel *para beber la negra sangre*, pero tirando Ulises de su espada, las desvía y no les permite acercarse mas que sucesivamente.

Toda esta relacion es fabulosa, grosera y pueril sin duda, pero seguramente que los hechos no son inventados por la sola imaginacion de Homero, pues es evidente que no hizo mas que poner en accion una doctrina religiosa que en su tiempo se hallaba muy recibida.—No es menos manifiesto que esta doctrina pertenece al dogma universal del sacrificio y á la eficacia de la sangre expiatoria para aliviar las almas de los muertos y establecer una comunicacion entre ellas y los vivos.

Esta es la doctrina, cuyo verdadero espíritu se habia perdido, y que no debiera haber sido nunca mas que figurativa de la redencion verdadera, prometida y esperada desde el principio del mundo, por la sangre del Mediador, que vino el cristianismo á hacer efectiva, y que retiró luego, como á todos los demas dogmas, de entre las manos de la supersticion para hacerla objeto de una fé racional.

Por este medio podemos en efecto *evocar* del purgatorio *las almas de los muertos*, aliviarlas, y establecer entre ellas y nosotros un comercio verdadero.

Siendo la misma Divinidad, en el cristianismo, el foco de la comunion de las almas, y los infinitos méritos de un Dios el agente por cuyo medio ella se efectúa, se concibe en realidad que todas ellas deben poderse volver á encontrar, y que esta sociedad espiritual, cuyo lazo son el honor y la verdad, debe prescindir del espacio y del tiempo de la vida y de la muerte, segun lo comprendemos en el órden material y sensible.—Segun este órden de ideas, la muerte verdadera, la muerte que separa, es menos la muerte sensible que la muerte espiritual, menos la separacion del alma del cuerpo que de la verdad y la virtud. El nos enseña que puede haber mas union á través de espacios inconmensurables que habitando bajo un mismo techo, menos separacion mediando la tumba que el pecado (1); en una palabra, vivir es participar de la vida eterna, que es Dios; y como esta vida es indivisible é inmortal, todo lo que de ella depende está perpetuamente unido.

De este modo la sublime y sólida metafísica del cristianismo rompió las barreras del tiempo y de la muerte, y ha puesto bajo la accion de una misma caridad, no solo las generaciones vivientes, sí que tambien las que fueron y desaparecieron, devolviéndolas á nuestro amor y esperanza en el seno de Dios, que *es el lugar de los espíritus como el espacio es el lugar de los cuerpos* (2).

Por este medio Dios nos permite y hasta nos manda que entremos en sociedad de méritos con todos los que nos precedieron en la observancia de su ley, ya estén en el purgatorio ó en el cielo; que unamos nuestra voluntad á la suya, nuestras oraciones á las suyas, y nuestras manos á las suyas, por decirlo así, para acercarnos todos juntos á su seno paternal. Nos dice que está dispuesto á aceptar nuestras oraciones y buenas obras en la tierra en pago de la deuda de aquellos hermanos nuestros que cuentan con su justicia en el purgatorio, y á atender en favor de unos y otros á las súplicas y méritos de los que están ya en el cielo. Se halla Dios tanto mas dispuesto á admitir estos medios de descargo, cuanto él mismo, Padre de todos, se interesa por su amor en aplacar su propia justicia, y cuanto el medio mas seguro para hacérnosla favorable á nosotros mismos es procurar inclinar en favor de nuestros hermanos que son hijos suyos.

"Busqué, dice en las Santas Escrituras, busqué "en el dia de mi justicia alguno que la desarmase, "y que con sus oraciones levantase una muralla "entre mis castigos y los culpables, y no lo encon-"tré."—¡Qué palabras! Si el corazon de un padre es el mejor emblema de la Divinidad, ¿quién no reconoce al Dios verdadero, en este movimiento paternal que, al mismo tiempo que la violacion de la ley del deber nos obliga á presentar mal ceño á un hijo rebelde, conspira secretamente en el fondo de nuestras entrañas con las personas que nos rodean para hacernos desear que sus ruegos é instancias nos obliguen á perdonarle (3)?

---

(1) Así se esplican aquellas célebres palabras de la reina Blanca á San Luis:—"Hijo mio, prefiero verte morir que verte "cometer un solo pecado mortal."

(2) Mallebranche.

(3) Siempre deberiamos presentarnos junto á los sepulcros de nuestros amigos en actitud suplicante, y no para tributarles alabanzas desmedidas con el fin de que á su vez nos alaben los demas por esta accion. Es una impiedad, no solo para con Dios, sino para con los mismos muertos, el que esos discursos sobre la tumba en que se les alaba por lo que tal vez causa su tormento en la otra vida, hagan reflejar las vanidades de esta sobre su ataud. El paganismo las hubiera reprobado, y á lo mas hubiera hecho oir su *placide quiescas*.—¡Cuán sólidos, nobles y delicados son en estas circunstancias los sentimientos de los verdaderos cristianos!—"¡Oh tu, cualquiera que seas, atraido por la

Hé aquí el dogma del purgatorio y de la comunion de los santos.

¿Quién no reconoce la tendencia moral de semejante dogma, la confianza que inspira, los motivos y estímulos que ofrece á la virtud? ¿Qué no pueden la memoria de una madre y la fé en su intercesion en el cielo á favor de los hijos que dejó en la tierra? ¿Qué no puede la fé en la eficacia de nuestras buenas obras para librar á esta madre de las penas que sufre, y que tal vez le han sido impuestas á causa del amor que nos tuvo? ¿Qué no puede la esperanza de vernos reunidos en el seno de Dios, que nos hizo los unos para los otros, y á todos para sí, y que al reunirnos no hará mas que consumar su obra? Lo que decimos respecto de una madre, podemos asimismo decirlo de un padre, de un hijo, de una esposa, de un hermano y de un amigo.

"¡Admirable comercio, esclama aquí Mr. de "Chateaubriand, entre los hijos vivos y el padre "difunto, entre la madre y la hija, el esposo y la "esposa, la vida y la muerte! ¡Cuán tiernas cosas "encierra esta doctrina! Mi virtud, la virtud de "un miserable mortal, se hace un bien comun á to-"dos los cristianos; y de la misma manera que yo "participé del pecado de Adan, mi justicia se co-"munica tambien á los demas, y se les tiene en "cuenta.—¡Qué hermoso es haber forzado, por el "atractivo del amor, al corazon del hombre á la "virtud, y pensar que la misma moneda que dá el "pan del momento al miserable, da acaso á una "alma libertada un sitio eterno en la mesa del Se-"ñor (1)."

## CAPÍTULO VIII.

### EL INFIERNO.

A esta terrible palabra parece que se desvanecen todas las convicciones que el apologista del cristianismo habia logrado reunir á la verdad....Sobre todos los demas puntos habian consentido al menos en escucharle, y penetrando poco á poco la luz en las inteligencias, habia acabado por descubrirles ciertas relaciones y un designio tan bien enlazados y tan perfectos en la religion, que la divinidad de la mano que la estableció y la conserva habia sido reconocida y aceptada. De repente se le retiran todas las simpatías que tanto trabajo habia costado granjearle, y todo el edificio de su apología se vé amenazado de desaparecer en el abismo que ha tenido la temeridad de entreabrir.

¡Cuán poderosa es, sin embargo, para defenderla la fuerza de la verdad y de la fé! En semejante estado de oposicion con la violencia de las preocupaciones, se atreverá no obstante el apologista, á pesar de la desventaja que contra sí tiene, á sostenerse, y dirigiéndose solo al corto número de los que la calma filosófica y el santo amor de la verdad hayan conservado á su derredor, les dirá:—Sí, hay un infierno....y penas eternas....

Para entrar en materia, empezarémos preguntando al mas incrédulo:—¿Estás bien seguro de que no hay infierno?—En este caso tienes una conviccion que nadie pudo alcanzar antes que tú, ni los mas grandes detractores de las leyes divinas;—una conviccion que no tuvo nunca Juan Jacobo, que á semejante pregunta contestaba: *no lo sé;* conviccion que no poseyó Diderot, que, poniendo en dialogo el monólogo de su alma, decia: "Si abusas de tu "razon, serás desgraciado no solamente en esta vi-"da, sino que lo serás tambien despues de la muer-"te en el infierno.—Y ¿quién te ha dicho que hay "un infierno?—En la sola duda debes conducirte "como si lo hubiera.—Y ¿si estoy seguro de que "lo hay?—*Desconfio de tal seguridad....*"—Una conviccion por último que no tuvo Voltaire, quien, á uno de sus corresponsales que le habia escrito: "Creo haber encontrado al fin la certidumbre de la "no ecsistencia del infierno," le contestó: *Sois harto feliz; ¡yo estoy aún muy lejos de ello!*—"

La duda, el *tal vez*.....Hé aquí el estado de la cuestion tomada en su oposicion mas amplia con nosotros.

Por consiguiente, si aducimos autoridades, razones, pruebas, y en una palabra, todo lo que puede inclinar la conviccion, la verdad de un infierno deberá pasar de lo posible á lo probable, y de lo probable á lo cierto.

No pretendemos, sin embargo, disimularnos que las razones y las pruebas deben ser respetables, porque en los vaivenes de solucion tan vasta es indispensable tener en cuenta los pretestos y resistencias de una incredulidad que no duda sino mientras se halla entregada á sí misma, y que solo se encastilla en la negativa cuando se la quiere obligar á que afirme.

Despues de habernos hecho cargo de todos los subterfugios y dificultades, abordemos la discusion.

I. "El despotismo teocrático, los papas y los "curas, dicen algunos espíritus atrasados, son los "que levantaron alrededor de la Iglesia católica "la preocupacion del infierno, para retener en ella "por medio del terror á las almas tímidas; y ellos "son tambien los que han escrito sobre el dintel de "aquella gruta imaginaria estas desconsoladoras pa-"labras: *Fuera de la Iglesia nadie puede salvarse.*"

A su vez tendrán estas palabras cumplida esplicacion en los presentes *Estudios*, y ya de antemano nos adelantarémos á pronosticar que la razon y el corazon suscribirán á ellas.—Entre tanto, por lo que respecta á la imputacion hecha á la Iglesia Católica de haber caprichosamente inventado el dogma del infierno, contestarémos desde luego que no es este dogma una superfetacion ni una redundancia en el gran sistema de la verdad católica, sino que se halla al contrario tan rigurosamente ligado

---

piedad á este lugar sagrado,—escribia Boileau sobre la tumba de Racine,—llora en un varon tan grande el triste destino de todos los mortales; y por grande que sea la idea que de él pueda darte su reputacion, advierte que lo que él te pide *no son elogios sino oraciones.*"

(1) Genio del Cristianismo: *Del Purgatorio.*



con el conjunto de este divino sistema, y tan unido á su misma base, que vacilar un momento en admitirlo es dudar de todas las demás verdades, y rechazarlo es rechazarlo todo.—Negar el infierno es negar la redencion; negar la redencion es negar la salvacion del género humano por la Cruz de Jesucristo, esto es, la mas adorable de todas las pruebas de amor que el cielo podia dar á la tierra.... Es negar en consecuencia el motivo de todas las instituciones de caridad que el ejemplo de un Dios, muriendo por sus criaturas, ha producido; y es, en fin, cegar la fuente de cuanto hay de mas dulce, de mas consolador y benéfica para la humanidad.

Escojed, pues, y decidios: todo el majestuoso edificio de la verdad católica está ahí, delante de vosotros, basado sobre las ruinas del paganismo, rodeado del homenaje de diez y ocho siglos, fortificado y engrandecido en medio de las vicisitudes de las cosas humanas, que todo lo han hecho desaparecer, y que nada respetan aun mas que á él. Si queréis quitar de este edificio la verdad del infierno, es preciso que lo destruyais enteramente, que lo arraseis y que paseis el arado por el terreno donde se halla asentado.

¿Os decidiréis acaso á tomar este partido?.... ¡En hora buena!—Ya estais fuera de esta Iglesia, que tan interesada suponeis en el dogma del infierno para hacerlo servir de trinchera á su autoridad. Ya no teneis que temer la mácsima *Fuera de la Iglesia nadie puede salvarse*, porque no hay en el mundo nadie mas que ella que la enseñe. Ya sois libres; ya no hay autoridad ni amenazas; teneis el libre ecsámen, el protestantismo.... y sus variedades y sus variaciones.... ¡Cuántos pretestos y cuántos rodeos para evitar la verdad de que queréis huir!

Mas ¡ay! todos esos rodeos solo sirven para hacérosla encontrar mas inevitablemente:—todas las verdades católicas han sido golpeadas por el martillo de la herejía; muchas han sido demolidas, pero ni una sola ha dejado de ser *reformada*, y reformada en sentido favorable á las miras de la *razon* y de la *libertad:* el celibato de los sacerdotes, la confesion, la presencia real, el culto y sus prácticas austeras, etc.... solamente la verdad de un infierno ha quedado en pié, intacta.... decimos mal, ha tomado nuevo vuelo á espensas del dogma del purgatorio que ha sido suprimido.... Ya no le queda medio á la frágil humanidad: el cielo ó el infierno.

¡Desechamos, diréis acaso, ese cristianismo todo entero!—Pero, ¿lo habeis pensado bien? ¡El cristianismo, esta fuente de verdad y de vida, este foco de civilizacion, esta gran lumbrera á cuyo resplandor van marchando las naciones y en el cual brillan todos los caracteres de la Divinidad!.... ¿Qué esperais encontrar fuera de su seno mas que barbarie, supersticion y oscuridad? Y sin embargo ¿es aquí donde queréis arrojaros para evitar la verdad del infierno? ¿Dejais las regiones de la verdad y de la luz para trasladaros á las del error y las tinieblas?.... ¡Qué sacrificio tan inmenso haceis á vuestra incredulidad!....

Sin embargo, todavía os concederémos esto: pasead vuestro escepticismo por todos los paises y por todos los siglos, y estad seguros que no haréis mas que aumentar, colmar la medida de la verdad que os persigue. No hay ningun tiempo ni lugar donde la creencia en el infierno no haya constituido el fundamento de todas las religiones. Nuestros mismos filósofos modernos reconocen, y lo tienen formalmente manifestado en sus obras, que desde el tiempo de Moisés y de los hebreos, y en los tiempos posteriores los caldeos, los asirios y los egipcios creian en las penas eternas.—"Desde esta "época, dice Voltaire, encontramos las mismas "creencias entre los griegos y romanos, en una pa-"labra, entre todas las naciones de la tierra (1)." —"La doctrina de un estado futuro de recompen-"sas y castigos, dice Bolingbrocke, se pierde en la "noche de los tiempos, y es anterior á todo lo que "sabemos de cierto. Desde que empezamos á ecsa-"minar el caos de la historia antigua, vemos ya es-"ta creencia establecida de la manera mas sólida en "el ánimo de las primeras naciones que se cono-"cen (2)."

En todos los paises que la navegacion ha descubierto, desde las estremidades del Oriente hasta los últimos confines del Occidente, y hasta en las islas mas apartadas y desconocidas, se observa que el corazon del hombre está penetrado del temor de un infierno eterno.

¿Quién inspiró al género humano este temor, y cómo puede concebirse que á través de tan grandes distancias, de tan infinitas variedades de tiempo, de lugares, de costumbres y de conocimientos, hubiese podido una misma creencia, si no hubiese sido mas que una *invencion*, persuadir igualmente á todos los hombres? ¿De dónde les habrá venido á éstos, sino de una revelacion primitiva y de la misma fuente en que bebieron la conciencia y sus imprescriptibles verdades?

¿Y de dónde procederá semejante invencion? ¿Quién la habrá forjado?—¿Serán acaso los reyes? —Leed los poetas del paganismo, y observaréis que casi todos los condenados que citan habian sido reyes: los Sisifos, los Tántalos, los Icsiones, los Danaos y muchos otros. No debieron, pues, ser los reyes los que inventasen el infierno contra sí mismos.—Por otra parte, ¿cómo se habria comunicado en un instante esta invencion de una á otra estremidad del mundo?.... En fin, la misma incredulidad debe saber contenerse en ciertos límites si no quiere caer en *el absurdo* para evitar lo *incomprensible*, y perder la razon para huir de la fé.

Pero, ¿por qué, diréis acaso, debemos nosotros dar crédito á una multitud insensata? ¿No está mejor representado el género humano, cuya autoridad no podemos desechar, por las inteligencias privilegiadas, y por los hombres pensadores, que tienen la mision de combatir todos los errores y desvanecer todas las preocupaciones? ¿Por qué no hemos de apelar de las decisiones del vulgo al tribunal de la filosofía?

---

(1) *Cartas de algunos judíos, etc.*
(2) Bolingbrocke Works, tomo v.